

CIENCIAS SOCIALES

Desde sus orígenes, las ciencias sociales se han planteado dudas y problemas en torno a su esencia; esto ha significado, al mismo tiempo, su principal fortaleza y su más evidente debilidad. Fortaleza porque, a diferencia de las ciencias naturales, criticaron abierta y explícitamente su razón de ser y admitieron que la realidad podría ser más compleja que la de cualquier modalidad de explicación o comprensión que pudieran adelantar. Desventaja porque esa conciencia se fue convirtiendo en arrogancia, en tanto las ciencias naturales se fortalecían con las experiencias de ellas. Es así como las

ciencias sociales se van encerrando cada vez más en un mundo de estereotipos sobre sí misma y son ahogadas, por las demás ciencias, en un mar de incertidumbre y frustración; ya no tienen entonces mucho de autocrítica sino más bien de conformismo y construcción de una autoimagen a la moda de fin de milenio.

Desde que las ciencias sociales se desarrollaron, con la idea de copiar las metodologías y alcances de las ciencias naturales en el siglo XIX, su objetivo fue definir el campo preciso de interés de cada una de las disciplinas que la conformaban, algo parecido a lo que ya habían logrado la física o la química. Al definir ese campo, las herramientas propias de la experimentación garantizarían el éxito de la empresa trazada por ellas. Sin embargo, aunque el resultado fue desastroso, tuvo un significado trascendental. Si bien es cierto, en el continuo e intencional fraccionamiento de las ciencias se produjeron algunos de los desarrollos más notables en investigación, también lo es que la realidad se fragmentó de tal forma que el hilo conductor se perdió por completo. Políticamente hablando, las disciplinas terminaron por convertirse en poco menos que grupos de intereses y, en términos burocráticos, los departamentos de las universidades terminaron por introducirse al estudio de un mundo que ya parecería realmente desvertebrado desde sus orígenes. Y con ello, desde luego, la articulación del conocimiento con la realidad se colapsó totalmente. Con un conocimiento tan desunido, como el que se ofrece hoy, resulta natural un divorcio entre lo que las diferentes disciplinas hagan y la vida real. Vida con la que al fin y al cabo interactuamos unívocamente. Incluso, el reencuentro con un hilo conductor de las ciencias sociales, cuya búsqueda ha sido punto común desde hace algún tiempo, no es suficiente.

En esta edición de *Colombia: Ciencia & Tecnología*, veremos que, aunque tiene que ver con el estado de la situación expuesta, se comienza a desdibujar la idea de disciplinas autosuficientes. En primer lugar, Hoyos plantea el problema de la filosofía, la ética y el relativismo y expone una necesaria coincidencia en los campos del saber de las ciencias sociales en la cual “el hombre es la medida de todas las cosas”. El problema de la pobreza tratado por Bonilla abarca no sólo su medición “objetiva” sino una conceptualización desde los pobres mismos, desde los patrones culturales en los cuales se genera y recrea. Porque ya sea desde la perspectiva marxista o la teoría de la estratificación social tratadas por Bonilla, ¿no es la pobreza sino precisamente un problema de interacción entre seres humanos a los que Hoyos dirige el significado de la práctica filosófica? Y, finalmente Sánchez examina cómo un individuo o grupos de personas utilizan los recursos lingüísticos de acuerdo con las situaciones en las que se encuentra, pero pregunta, ¿qué sucede cuando se trata de lenguas que carecen de una representación escrita como las lenguas aborígenes? Esto es fundamental porque sólo así se puede comprender el conjunto de significaciones y sentidos que permiten establecer la relación entre estructuras sociales y estructuras lingüísticas.

En la introducción a esta introducción se señala que la debilidad de las ciencias sociales ha sido pensarse tan rica, tan importante y tan suficiente que olvida la naturaleza esencialmente humana -y también ética- de las otras ciencias, particularmente de las naturales, donde encontramos tantos ejemplos de reduccionismo, de desfachatez y de miopía así como de compromiso ético, de apertura al mundo de los estético y de sensibilidad. Porque al fin y al cabo “el hombre es la medida de todas las cosas”, por la buena razón que es quien se ha tomado el trabajo de medir. Este es un reconocimiento que no nos sentaría nada mal y nos haría partícipes más modestos y más valiosos del proceso de conocer el mundo.&